

El sentido de las letras cuando se construye desde la escritura de vida

Jaqueline Murillo Garnica¹

“El estudiante debe leer historia activamente y no de manera pasiva; debe considerar su propia vida como texto, y los libros como comentarios.”

Emerson

Este artículo recoge las experiencias registradas durante dos años consecutivos (2013-2014) de los niños de primero y segundo del colegio José Martí, ubicado en la Localidad 18 de Bogotá, con las prácticas de la lectura y la escritura que fueron generando varios productos como “Ésta es mi historia”, en 2013, y “Mi primer cuento”, en 2014, así como “La bitácora”, “Camino a casa”, o “Camino al colegio”, también del mismo año. Estas a su vez hicieron parte de una experiencia pedagógica titulada: “El ejército de los lápices: escritores de vida y de palabras”. El pensar en el cómo seducir a los niños por el camino de las letras y el gusto por ellas, fue un motivo quizá íntimo que generó esta motivación y que hizo posible ese gusto por la escritura y la lectura de los textos escritos, orales e icónicos.

¿De dónde viene la idea de formar niños lectores?: el valor del ejemplo

Este *paper* no tiene como pretensión entregar fórmulas para el aprendizaje de la lectura y escritura en los parvularios; es más, se trata de hacer una reflexión sobre la importancia del docente en este proceso, y cómo éste se puede convertir en un

¹ Docente Colegio José Martí IED

modelo del aprendiz. Quizá un acercamiento en este sentido, nos pueda dar luces sobre lo que está por hacerse y revalorar ciertos procesos que todavía están vigentes y, sin embargo, gozan de anquilosamiento en un presente atosigado por los medios masivos de comunicación y la tecnología que ruge como un león hambriento en un ámbito capitalista y consumista que invita a la practicidad y a lo instantáneo.

En unos casos, la celeridad de las dinámicas, o en otros, la negligencia, soslayan la verdadera misión del profesor, como primer ejemplo en el aprendiz. Resulta cómodo adoctrinar y exigir disciplina, porque es la forma más fácil de que los estudiantes sigan las instrucciones, sin detenerse a cuestionar lo que está escrito en el texto. Se considera una pérdida inmensa desperdiciar estos primeros años valiosos en la formación de un individuo, con la carencia del fortalecimiento del pensamiento crítico: éste es uno de los grandes baches que aquejan la educación contemporánea.

A veces preocupa más el seguir los contenidos temáticos inherentes a un currículo y modelo pedagógico determinados, que el detenerse en el cómo, es decir, en la forma más adecuada de cautivar a un niño en la práctica de la escritura y de la lectura, llegando a desconocer ciertas facultades o habilidades, o impulsarlo a potenciarlas, y que hace justamente, una de las funciones sustantivas del profesor a lo largo de la vida académica de los aprendices, en especial, los primeros años de escolaridad.

Antecedentes

La propuesta empezó con pequeños ensayos, partiendo de la motivación y la inquietud de la docente por mejorar los procesos de enseñanza-aprendizaje. Teniendo en cuenta que los estudiantes conocían la estructura y los elementos inherentes al cuento, se les dio algunas palabras —escritas en el tablero y salteadas— con la intención de que construyeran una historia. El propósito era ayudarles a perfilar las historias y, a partir de ese primer acercamiento, hubo resultados llamativos. La docente empezó a condensarlo todo, las bitácoras, las maquetas y así se fue abriendo la posibilidad de que armaran su historia, su primer cuento. Se involucró también la importancia de los derechos de autor, la dedicatoria, la biografía de cada uno de ellos y “mi mundo ideal” que era el imaginario que tenían ellos de su mundo.

El horario se construyó respondiendo a las actividades realizadas en cada hora para saber qué hacían en la mañana. Los niños renuentes a escribir utilizaron el recurso del dibujo: para ellos, el horario eran ilustraciones. Durante una semana se trabajó el horario: primero como unos borradores elaborados en el colegio desde el área

de Ética y Valores, posteriormente entregado en limpio en un octavo de cartulina. Adicionalmente, el primer cuento sirvió para postular a los niños al concurso de leer y escribir 2014-2015. Ante la imposibilidad de inscribir a todos los niños del salón, se postularon dos niños en ilustración y dos en cuento. Hubo tres ganadores.

Con cada producto se realizaron correcciones de ortografía, se analizó el significado de cada situación plasmada –miedos, situaciones de violencia–; sin embargo, el análisis se centró en el reconocimiento de los gustos de los niños, de sus proyecciones y, de esta forma, se intentó potenciar toda la capacidad que tenían. Partiendo de la premisa de que se pueden hacer muchas cosas con ellos, el proyecto se preguntó por la forma en que se iban a proyectar a los estudiantes de forma tal que les gustara escribir y contar historias de sus vidas, de lo que veían y de lo que tenían.

La imagen como testimonio fidedigno de la realidad

Jeanne Bandet (1982) plantea *algunas precisiones de vocabulario necesarias* relativas a la observación de los niños² por los adultos que denomina como *los preludios de una conducta de lectura*. En ese juego de preguntarle al parvulario lo que lee sabiendo que solo ve, analizar las imágenes y relacionarlas con lo que conoce, el niño puede descubrir la vocación por la lectura: descubre lo que es leer. De ahí se parte del estado en que el menor aún no descifra el código escrito.

En ciertos contextos sociales, es usual saber que en un hogar se encuentra con facilidad un televisor de exageradas dimensiones si lo comparamos con la vivienda, pero no es posible encontrar un libro. Ahora bien, tendríamos entonces que culpar a la cultura, a las grietas que cada vez son más amplias en la estructura familiar (sin importar el nivel socio-económico).

Se sabe que ningún aprendizaje nace de la nada. Para que el aprendizaje tenga unos réditos, hay que apelar a las habilidades y al conocimiento, desde luego. Debe haber una motivación, ciertas ganas de registrar lo que se ve, por ejemplo, en el contexto, con la práctica de la escritura y la lectura. Es el niño quien genera esta necesidad de contar y escribir lo que ve; es lo que Bandet (1982) denomina *aptitud*, considerándola como un prerequisite para el ejercicio de aprender. Así las cosas, esta aptitud en el aprendizaje se puede convertir en una capacidad. En los terrenos de la lectura, por ejemplo, el saber leer es la aptitud que se necesita para saber escribir.

2 Por tratarse del género humano como único, se omiten ciertos artículos. La omisión no involucra la exclusión, las razones estriban en el uso y respeto por el idioma.

Es conveniente recordar aquí a Saussure, cuando enuncia el signo lingüístico para sustituir la palabra o nombre, puesto que no hay una relación directa entre un nombre y una cosa. Un parvulario puede hacer relación entre la imagen y la palabra, puede inferir situaciones y apropiarse de ellas. Piaget sostuvo que “la función semiótica aparece sobre los dos años de vida. Para el niño, el lenguaje, el juego simbólico, la imitación diferida, la imagen mental y la expresión gráfica involucran la función semiótica” (citado en Ferreiro, 1995, p. 82).

Apelar a la imagen es uno de los instrumentos más recurrentes en esta primera etapa de desarrollo del niño. Pedir a un niño que lea lo que está viendo en la imagen, es apelar a un recurso en el que se lo fuerza a interpretar y analizar, como parte esencial en sus relaciones y procesos mentales, aun sabiendo que el aprendiz no conoce los códigos. Este acto comunicativo, también es rentable con un buen acompañamiento. Barthes (2009), en su acápite, *La escolaridad retórica*, rememora a Quintiliano – quien fuera un modelo de profesor – y aquello que es constitutivo de la educación, al reconocer el aprendizaje de la lengua, el *grammaticus* y el *rhetor*. Es claro ver cómo la pedagogía abordaba la palabra en todos sus frentes. Era la palabra forzada a salir del aprendiz. La educación se concentraba en el ejercitar la palabra y reducir el silencio. La palabra conformaba una relación con el mundo y a su vez encarnaba ese conocimiento de él.

La escritura debe concebirse desde la construcción del mundo, desde la visión que el escritor pueda inferir de lo que le rodea, y registrar en ella una impronta personal. Es el pensamiento consagrado en los códigos escritos, debe dar cuenta de una realidad y debe re-significar desde una perspectiva personal la necesidad de ser leído o escuchado³; debe generar inquietudes, debe brindarle al lector la oportunidad de generar diálogos con el texto e inferir ciertas situaciones que le den la posibilidad de interrelacionarse con él.

Referencias

Barthes, R. (2009) *La aventura semiológica*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A.

3 Thomas Wren en su acápite “Moral, multiculturalismo e imaginación literaria” del libro *Sensibilidades morales y educación*, plantea dos reflexiones que merecen ser referidas justamente en la escritura: “El principio de interacción”, atribuido a Charles Taylor. Relaciona el autor en este principio: tanto la identidad personal como la identidad grupal, necesitan como condiciones necesarias, aunque no prescindibles, el reconocimiento de la persona o el grupo por parte de los demás y viceversa. Otra de sus reflexiones comprende el *Apreciarse a sí mismo*. La educación literaria estima esta valía como el reconocimiento personal frente al grupo, aún en la comprensión de las habilidades que cada quien tenga, consolida una unidad grupal. En la medida en que haya una apreciación de sí mismo, se refleja frente al grupo de la misma manera.

Ferreiro, E & Teberosky, A. (1995). *Los sistemas de Escritura en el Desarrollo del Niño*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Bandet, J. (1982). *Aprender a Leer y Escribir*. 1982. Madrid: Fontanella.

Richardson, R. (2011). *Primero leemos, después escribimos. El proceso creativo según Emerson*. México: FCE.

